

## COLOMBIA

## SU POETA NACIONAL RAFAEL POMBO

(1833—1912)

SEMBLANZA Y CRÍTICA, POR DON ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

El insigne Gómez Restrepo, que fragmentariamente ha historiado toda la literatura de su patria y condensado sus amplios estudios en intensa y jugosa síntesis en *La Literatura colombiana* (1), ha escrito acerca de Rafael Pombo el magistral y extenso «Estudio preliminar» que precede a la edición oficial de las obras del cantor del Niágara, hecha bajo la dirección de tan egregio crítico (2); un admirable estudio de las *Traducciones poéticas de Pombo*—en la misma edición oficial,—y una breve y muy comprensiva semblanza en *La Literatura Colombiana*.

Deseando dar en corto espacio completa noticia de Pombo y de su obra, transcribimos íntegra la semblanza y copiamos del «Estudio» que precede a la edición oficial algunos de los académicos párrafos en que Gómez Restrepo nos revela entera la psicología del poeta y las intimidades de su arte.

«Rafael Pombo, hijo de Bogotá, en donde nació en 1833, es el más completo y quizá el más grande de los poetas colombianos. La poesía llenó casi por completo su larga existencia, pues empezó a escribir versos siendo un niño, y continuó escribiéndolos hasta sus últimos días, a la avanzada edad de setenta y nueve años. Cul-

(1) Extrait de la *Revue Hispanique*, tome XLIII.—New York, Paris.—1918.

(2) *Poesías de Rafael Pombo*. Edición oficial hecha bajo la dirección de don Antonio Gómez Restrepo—Bogotá, Imprenta Nacional—1916.

tivó todos los géneros líricos y su musa tuvo todos los tonos, desde el sublime de la oda hasta el sencillo y fácil del cuento infantil. Sintió la Naturaleza como la han sentido los poetas del Norte, y la pasión amorosa con el calor y la exuberancia de los trópicos. La mujer, como recuerdo, como aspiración, como realidad suprema, anima casi todas las grandes inspiraciones de Pombo. El poeta célibe vivió rodeado de las ideales figuras a que dio cuerpo y ser su fantasía. Escribió en su juventud con el seudónimo de *Edda* varios fragmentos de un poema, el primero de los cuales, titulado «Mi amor,» recorrió la América entera como obra de una poetisa desconocida, a quien se dio el título de «Safo cristiana.» *Edda* es la primera figura de la bella galería femenina que luce en los versos de Pombo, y en la cual alternan seres reales, como Elvira Tracy y la gran pianista Teresa Carreño, la *Eva de los aires*, con las creaciones de la fantasía del poeta, como la original «Angelina» y la tentadora «Paula.» Los versos de Pombo nos permiten penetrar en las interioridades de un alma apasionada y turbulenta, de un temperamento de fuego, en donde las tempestades se formaban con tanta rapidez y estallaban con tanta violencia como en ciertas regiones de los trópicos. Así brotó la tremenda «Hora de tinieblas,» en un raptó de desesperación y de misantropía, como se desprende el rayo de un cielo súbitamente conmovido por la tormenta. Ardía en el alma de Pombo la llama del deseo, y no se extinguía ni aun con los hielos de la ancianidad: testigo, el soneto «Abisag.» Cultivó con suma originalidad ciertos géneros, como la elegía, la meditación erótico-descriptiva; poemas como el «Preludio de primavera» y «Decíamos ayer» tienen la riqueza panorámica, la profundidad de sentimiento, la belleza sinfónica de las grandes elegías francesas y de las de Tennyson y

Longfellow. En cambio al cantar «El bambuco» derrama en sus estrofas todo el calor y la exuberancia de la naturaleza en el valle del Cauca. El aristocrático cantor de «Las norteamericanas», el misantrópico y sublime poeta de «El Niágara», se inspira en motivos de poesía popular al celebrar la alborada de «El torbellino a misa», y crea, para regocijo de imaginaciones infantiles, las figuras de *Rin-Rin-Renacuajo*, *Simón el Bobito*, *Doña Pánfaga*, que perduran en el Olimpo de los niños al lado de *Ratoncito Pérez* y de *La Cenicienta*. En medio de su fuerza creadora, tuvo Pombo genialidades de excéntrico, y entre el concierto de voces de su arpa inmensa resuenan a veces notas ásperas y duras, tributo rendido por el numen a su caprichoso y despótico dueño. Los grandes cantos de Pombo pueden caracterizarse por aquella vibrante estrofa de «Decíamos ayer»:

Esas trombas de lírica armonía,  
Infiernos de pasión divinizados,  
En que nos arrebatan a porfía  
Todos los embelesos conjurados.»

#### SÍNTESIS CRÍTICA

La crítica insuperable de Gómez Restrepo, a la vez escalpelo y buril, evidencia que Pombo es, ante todo, un poeta romántico, el representante del romanticismo en Colombia, y además un poeta multiforme, que abarca sesenta años de la vida de su patria y recoge en el ancho cauce de su hospitalaria inspiración los más diversos aspectos del vivir, del pensar y de la naturaleza de Colombia, enriqueciendo además el tesoro poético nacional con traducciones tan admirables que son verdaderas creaciones.

Del poeta romántico dice Gómez Restrepo, afirmando la indisoluble unidad de nuestra literatura de raza: «Cuando se escriba la historia del romanticismo,

al como este estudio debe hacerse, esto es, incluyendo en el cuadro a los insignes poetas y novelistas que siguieron este movimiento en todos los países de nuestra raza (1), Pombo tendrá ahí un lugar preeminente por la originalidad, fuerza y vigor con que cultivó ciertos géneros, como la elegía amorosa, la contemplación descriptiva y la meditación filosófica. Sintió el amor y la naturaleza de un modo enérgico y personal, uniendo ardores tropicales con suaves efluvios de la primavera del norte. Dio a sus versos una melodía penetrante, una vibración honda y patética, que convierte en himno religioso la explosión ardiente y viva de la pasión humana. Tuvo el sentimiento de lo infinito, que envuelve en majestad y misterio sus confidencias de amor. Supo ver en las cosas algo más de lo que su apariencia exterior revela: una significación honda y simbólica, indicadora de la íntima armonía que acerca y enlaza a todos los seres de la creación...»

No se puede definir mejor a un gran poeta romántico, y aun al propio romanticismo.

«Pombo es, ante todo, poeta del amor,» afirma su gran crítico, y, en efecto, son admirables y célebres las figuras femeninas del gran lírico. Entre ellas cita Gómez Restrepo a «Luisa A.,» *la Extranjera*, «Angelina,» «Elvira Tracy,» *la Eva de los aires*, y singularmente «Manuelita,» la beldad de Popayán, en cuyo obsequio hizo Pombo la sentimental y caballeresca defensa de «La copa de vino»:

Tu faz, cuando alzas fiero la cabeza  
Desoyendo al dulcísimo importuno,  
Semeja en mármol la soberbia Juno

(1) Muy de propósito subrayamos el párrafo, porque además de afirmar la unidad de nuestra literatura de raza, contiene el programa de una gran obra cuya realización se impone.

Del sol de Oriente a la dorada luz,  
Y en ti de su poema de belleza  
Viéranse a un tiempo idolatrar de hinojos  
Su garbo el griego, el árabe sus ojos,  
Su hechizo retozón el andaluz.

«Entre estas figuras—escribe G. Restrepo—descue-lla *Edda*, la supuesta poetisa bogotana, heroína de un poema de amor que le mereció en su tiempo el calificativo de «Safo cristiana,» y la hizo célebre en toda la América española. Por algún tiempo se ignoró que Pombo fuese el verdadero autor de las apasionadas estrofas tituladas «Mi amor,» y cuando se hizo el descubrimiento, para muchas almas femeninas fue motivo de decepción el saber que quien tan briosamente había interpretado sus íntimos sentimientos era un hombre, no muy adornado por cierto de atractivos físicos» (1).

(1) Recuérdese el gracioso incidente que narra el ilustre diplomático y escritor argentino D. Miguel Cané: «Un día, en un salón de Nueva York, una dama argentina que tiene un sitio elevado y merecido en la jerarquía intelectual de nuestro país recibía una numerosa sociedad suramericana. Se encaró con Pombo y le preguntó quién era esa poetisa desconocida, esa famosa *Edda la Bogotana*, cuyos versos, impregnados en una pasión profunda y absorbente, le recordaban los inimitables acentos de Safo....»

—¿Encuentra usted esos versos dignos de atención, señora?  
—dijo Pombo.

—Esos versos, en que vibra un alma apasionada, esos versos tan de mujer, envueltos en la adoración, el misticismo misterioso de Santa Teresa, ¡hé ahí los hombres! ¿cuál de ustedes sería capaz de escribirlos?

Pues *Edda* está actualmente en Nueva York, y si usted quiere conocerla....

—¿Que si quiero conocerla?—dijo nuestra compatriota con su ímpetu característico.—Ahora mismo me dice usted dónde vive, cómo se llama; mañana sin falta la visito. ¡Me la voy a comer a besos!

—¡Pues empiece usted, señora! ¡*Edda*....soy yo!»

«Merece notarse—consigna el insigne crítico—que dos figuras de mujer, creadas por el arte, la *Edda* de Pombo y la *María* de Isaacs, han sido las más gentiles y eficaces propagadoras de la gloria de Colombia entre los demás pueblos de este continente.

Comparte con *Edda* el lauro de la popularidad una obra de índole muy diversa, celebrada no tanto quizá por sus méritos poéticos, que son grandes, como por ser un canto de desesperación y rebeldía; es *La hora de tinieblas*, que copiada furtivamente en Panamá y publicada sin anuencia del autor, sale ahora (en la edición oficial) por primera vez en su forma completa y auténtica. Recuerdo haber oído decir a Pombo que esa composición fue brote de una crisis de exasperación causada por una dolencia física....» Refiere el gran crítico que Lamartine «a instancias de su madre, contestó a «La desesperación» con «La Providencia al hombre»; y escribe: «Pombo quiso también replicar a *La hora de tinieblas*, pero no realizó este anunciado proyecto....; quizá pensó que nadie había de tomar como expresión definitiva de su pensamiento aquel arranque tempestuoso de los veintitrés años, contra el cual daban testimonio todas sus obras posteriores y todos los actos de su vida.»

*La hora de tinieblas* tiene además el interés de ser un brote del amargo germen sembrado por aquella milenaria racha de pesimismo budista que ha dado la vuelta a la Historia y a deshora atraviesa por *La vida es sueño*, aunque resolviéndose en triunfal afirmación cristiana bajo la pluma del autor de los *Autos*, y que después de Calderón sugirió a Lamartine su *Quel crime avons nous fait pour mériter de naître?* y a Pombo el «¿Por qué vine yo a nacer?» de su *Hora de tinieblas*. Ya lo consigna el egregio crítico de Pombo: «Si la inspiración de *La hora de tinieblas* tiene sus antecedentes en

Byron y en Lamartine, las décimas en que está escrita son hijas legítimas de las del famoso monólogo de Segismundo, sobre todo la primera, que contiene en síntesis toda la negra filosofía de la pieza de Pombo:

Apurar, cielos, pretendo....

«... Pombo parece tomar el monólogo de labios de Segismundo, sustituirse a este personaje en su actitud selvática y llevar a sus últimas consecuencias las premisas del canto calderoniano, compitiendo con el gran dramático en galas imaginativas, pero sin tocar los linderos del gongorismo.»

Pero no hay que buscar a Pombo, el poeta de los entusiasmos patrióticos, de los ensueños de amor, de las dulces intimidades de la casa, el amoroso poeta y cuentista de los niños, en una sola y negra hora de pesimismo, sino en setenta y nueve años de generosa actividad artística, porque toda grande actividad del alma es afirmación, que la rosa de la ideal belleza no surge nunca de los podridos légamos ni de las aguas muertas de la negación, sino al borde de las sonantes y bullentes aguas vivas de la fe.

Obras de fresca y matinal inspiración que alejan de la imaginación las sombras amontonadas en *La hora de tineblas*—como dice Gómez Restrepo—son «El torbellino a misa,» «poesía de alborada con su concierto de pájaros, sus alegres fogatas, sus sanos aromas campesinos, con su alegre *ritornello* que repica convidando a gozar de la vida:

Ya el alba ufana  
Sabrosa mana  
Su fresco aroma  
De mejorana...

«El Bambuco (que) ofrece un cuadro mucho más vasto: tiene por fondo el maravilloso Valle del Cauca....Es poe-

sía tropical por la opulencia de las imágenes y el tono cálido del estilo, pero está trabajada con arte exquisito que contiene las oleadas del entusiasmo dentro del límite cincelado de una forma primorosa. La escena se desarrolla bajo un cielo sereno en una noche de la cual dice el poeta con andaluza arrogancia:

En una noche de aquellas  
Noches de la patria mía,  
Que bien pudieran ser días  
Donde no hay noches como ellas.

Pero debajo del palio de ese cielo hay una tierra volcánica donde todo, hombres y cosas, se agitan movidos por pasiones tempestuosas y la naturaleza habla con la voz del trueno:

Oíamos los rugidos  
Del Cauca y sus reventones,  
Como enjambre de leones  
Celosos o mal dormidos...

«La casa del cura,» de la que tan bellamente dice Gómez Restrepo que «tiene el mismo corte de algunas «Doloras»; sencillo, preciso, con cierto suave aroma poético en medio de familiar abandono; esa composición habría sido leída con placer por el cura del Pilar de la Horadada.

«Fonda libre» nos da anticipado sabor de algunas deliciosas «intimidades» de Copée...

«La pareja humana» empieza con una sonrisa y acaba con un idilio. De piezas como éstas, es fácil el tránsito a esa otra riquísima sección que componen las «Fábulas y verdades» y los «Cuentos» para niños.

Después de elogiar las «Fábulas,» de las que dice bellamente: «Esmaltó su colección con suaves himnos religiosos para dar expansión a la efusión colectiva, y



enseñar a los niños a levantar las almas hasta el Dador de todo bien,» escribe Gómez Restrepo de los «Cuentos»:

«Prestó Pombo un servicio mayor aún a la niñez de habla castellana, tan poco provista de obras poéticas adecuadas que entretengan y eduquen su virgen imaginación; escribió los «Cuentos morales» y los «Cuentos pintados,» que, ilustrados por Appleton, no han cesado de recorrer toda la América española y son tan familiares a los niños como *la Cenicienta y Nené Pulgada...*»

Otros de los grandes méritos de Pombo es el de traductor.

«Por común consentimiento—observa su admirable crítico—los años de permanencia en los Estados Unidos son los más brillantes de la carrera de Pombo, pues a su rica producción original se unieron sus mejores traducciones poéticas. Entonces interpretó magistralmente las tres elegías inmortales: «El Lago,» «La tristeza de Olimpo» y el «Souvenir»; entonces trajo a nuestra lengua numerosas piezas de Longfellow y de Bryant, poetas con quienes tiene varias analogías; entonces dio a conocer joyas como «El puente de los suspiros,» con que enriqueció la poesía castellana como lo hizo Bello al traducir el «Moisés» o «La oración por todos.» El gran crítico cubano Enrique Piñeyro llamó a Pombo «rey de traductores,» encomio que merece por la destreza con que sabe hallar la expresión enérgica y única para encerrar en nuevo molde imperecedero la idea concebida en extraño idioma.»

Sobre toda la producción de la última época de Pombo, en la cual, «en su afán de sutilizar el pensamiento, de apurar el tema, de ser, en suma, original, el escritor ha ido superponiendo al esbozo primitivo correcciones y adiciones poco felices, como remiendos de yeso aplicados sobre un trozo de mármol...,» descuellan

los dos sonetos «A Ricaurte» y «De noche»; el primero contiene estos cuatro versos que, al decir de Gómez Restrepo, «parecen tallados por mano de un titán en roca que desafía los embates del mar»:

Tal vez destella su blancor lejano  
La cumbre que empurpura el sol poniente  
O el decano peñón, do reverente  
Rinde su eterna salve el Oceano.

«Pero lo verdaderamente incomparable es el soneto «De noche,» que no fue como se ha dicho, obra de sus últimos días, pues se escribió en 1890, pero que sí es su testamento filosófico y poético, la coronación de su producción lírica y la verdadera respuesta a *La hora de tinieblas*.

El egregio crítico de Pombo termina así su admirable estudio del gran poeta:

«No sé si después de tantos cambios de gusto, de tantas evoluciones literarias, la poesía de Pombo tenga para ciertos paladares estragados el sabor confortante de vino añejo y generoso con que reanimó a los espíritus de su tiempo; pero nunca faltarán almas dispuestas a militar bajo las banderas del que escribió este programa de irreductible idealismo:

No mires para atrás, como el proscrito,  
Para engañar o distraer su duelo,  
Vuelve la espalda al adorado suelo  
Que ya el mar quiere hundir.  
Y mientras llegas a la opuesta orilla,  
Donde te aguarda de la tumba el puerto,  
Haz como yo: soñar, soñar despierto,  
Soñar hasta morir.

## UN RECUERDO DE LA CORONACION DE POMBO

En la coronación del poeta hubo una nota tierna y emocionante. Cuando el homenaje terminó entre aplausos y vítores, vimos los presentes que el anciano glorioso hacía ademanes indicando deseaba hablar al público, ante lo cual se hizo súbitamente un silencio expectante. Entonces Pombo, encorvado y enjuto, procuró bajar del sitial donde estaba casi oculto entre coronas de laurel y ramos de flores, tributo sentimental de corporaciones, de artistas y literatos, de damas y poetas. Aquellas flores fragantes, símbolo de vida y poesía, rodeaban en fantástica guirnalda la cabeza nivea del bardo ya decrepito. Nuestro poeta se acercó cuanto pudo a las candilejas, y con voz apagada, voz senil, dijo dirigiéndose al anhelante y reverente auditorio: «No sé si me oiréis, pero ya que Dios me depara este momento, quiero aprovecharlo para retractarme públicamente de una obra mía, que por cierto acaban de elogiar; me refiero a *La hora de tinieblas*, la cual escribí ofuscado por la desesperación que me produjo el padecimiento de una enfermedad pertinaz.» Prolongando aún unos segundos el gran esfuerzo que hiciera para levantar la voz, terminó: «Y ahora sólo os debo dar las gracias por el inmerecido honor que me habéis hecho.» Y tomando el brazo de un caballero que le acompañaba, se retiró con paso lento al fondo del escenario. Entonces estalló una ovación clamorosa, delirante; muchos no alcanzaron a oírle, pero el poeta les había hablado, y era bastante; hasta creyeron que sus palabras fueron un soneto alusivo al día. Pero la sencillez de su conmovedora retractación nos produjo tan honda emoción a los favorecidos que la escuchamos, que jamás podremos olvidarla.

Después de la glorificación, de los honores, el vate popular sólo pensó en implorar un perdón. Tenía la ad-

miración de los hombres y quiso la indulgencia de Dios, demandándola con humildad, en contraste con aquellas vanidades humanas que le rodeaban. Quizá para Pombo fuera aquel momento el más feliz de esa tarde memorable; en ese instante alivió a su conciencia de un peso que su alma de creyente no podía soportar.

MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS

(De Raza Española).

---

## ACTOS OFICIALES

---

### Provisión de becas

ACUERDO NUMERO 2 DE 1920

*La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,*

después de examinar cuidadosamente las peticiones de los jóvenes que solicitaron becas;

De acuerdo con las reglas establecidas en las Constituciones,

ACUERDA:

1.º Recomiéndese al Excelentísimo señor Presidente de la República, como Patrono del Colegio, para la primera colegiatura que le corresponde proveer, al alumno don Evaristo Sierra, estudiante de cuarto año de jurisprudencia, quien en el año anterior obtuvo la más alta calificación en todas sus clases y el primer premio de conducta y aplicación entre los convictores;

2.º Concédese beca de colegial al señor don Alfredo de Jesús Ríos, alumno de último año de filosofía y letras, calificado en los exámenes con el número mayor y agraciado con el primer premio entre los oficiales;